

## SAN MARTIN A TRAVES DE UN COLABORADOR EMINENTE

EL MARISCAL DE CAMPO DON JUAN GREGORIO DE LAS HERAS

Quien crea poder realizar labor alguna de cierto volumen o responsabilidad sin la ayuda o colaboración de sus semejantes, sin aprovechar de sus experiencias o usar de sus consejos, está llamado lamentablemente sinó al fracaso total, cuando menos a un éxito menor.

Jesús, emprendedor de la obra más colosal que registran los siglos, recurre, sin necesitarlo, a la colaboración de humildes pescadores, que transformados en sus apóstoles difundirán su doctrina por todo el orbe conocido, y serán base de la Iglesia.

Los grandes realizadores del pasado, aquellos que merecieron dar su nombre a la centuria en que vivieran, como los modernos conductores de la Edad Contemporánea, han requerido y contado con la suma de los esfuerzos de muchos individuos, que aunados, darían la resultante de sus éxitos y sus victorias.

José de San Martín, grande y humilde, cerebro y acción, no podía cometer el desatino de pretender ahogar a su alrededor la obra de quienes, sin perjuicio de reconocer su incuestionable superioridad y su garra de jefe, eran a su vera nobles instrumentos, eficaces colaboradores de su empresa magna.

No podía hacerlo ni lo hizo. Por eso vemos florecer en sus campañas militares y aún en su fugaz contacto con la política, grupos destacados de hombres eminentes que, aunque por sí sólo no hubieran podido regalarnos la hazaña homérica, contri-

buyeron con su esfuerzo y su lealtad a facilitar la empresa del Gran Capitán.

No podemos parangonarlos a él, cierto es. Pero él fué el primero en reconocerles, en rasgo tan suyo de generosidad y desprendimiento, sus verdaderos méritos y su rica contribución.

Tarea ímproba sería la de enumerarlos a todos, pero lo cierto es que los nombres de O'Higgins, Soler, Olazábal, O'Brien, Necochea, Lavalle, Alvarado, Cajaraville, Rojas, Arellano, Ramallo, Escalada, Ramos, Alvarez de Arenales, Melián, los Guido, y cien más, perdurarán a través de las centurias, indestructiblemente enlazados al suyo. Y entre todos esos apellidos ilustres que aureolan su figura, como haciendo resaltar aún más sus cualidades inigualables, el de Juan Gregorio de Las Heras ocupa lugar de prominencia que resulta justiciero consignar.

Por eso hemos creído, que en este número que UNIVERSIDAD dedica al Gran Capitán de los Ejércitos de la Patria en su centenario glorioso, resultará grato al espíritu de todos, y él mismo nos lo aprobará desde la inmortalidad, el referirnos a la figura de su bizarro oficial.

---

Manuel Belgrano, gloria pura de la Patria, dijo alguna vez, que nada importa saber o no la vida de ciertos hombres, que todos sus trabajos o afanes los han contraído a si mismos, y ni un solo instante han concedido a los demás. Pero la de los hombres públicos debe siempre presentarse, o para que sirva de ejemplo que se imite, o de una lección que retraiga de incidir en sus defectos.

Imposible explicar mejor, en tan pocas palabras, el motivo fundamental que nos obliga a estudiar la heroica existencia de Las Heras, como se consideran a la distancia las vidas de los héroes y de los santos. Con ese no sé que de majestuoso, que en ocasiones impulsa a la emoción, y que siempre nos permite salir de su contemplación con el corazón ensanchado, el alma purificada, los sentimientos ennoblecidos, el patriotismo agradecido.

Deber primario de buen argentino, es entonces rendir el homenaje de nuestro agradecimiento y nuestro recuerdo, a aquellos grandes de nuestro pasado histórico, que desafiando peligros y asechanzas, descuidando vida y fortuna, fueron elaborando con su obra titánica de cada día, la Argentina que hoy justamente nos enorgullece.

Y entre esos héroes, al lado de los militares invencibles, junto a los clérigos patriotas, en compañía de los civiles grandes de nuestro pasado, la imagen de Juan Gregorio de Las Heras cobra vida y se yergue majestuosa, contribuyendo a señalar a los ojos del universo atónito que en nuestra tierra casi deshabitada del siglo pasado, en medio de la pampa legendaria o de la abrupta montaña, florecieron campeones sin mácula, personajes con tintes epopéyicos, que a semejanza del discípulo ejemplar que menciona el Evangelio, lo dejaron todo, familia y terruño, tranquilidad y hogar, para darse de lleno, sin renunciamentos, al ideal nobilísimo que los había enamorado, al sueño inmensamente grande de la Patria independiente.

¿Cómo no vamos a recordar entonces al general Las Heras, sin sentir tocadas las fibras más íntimas de nuestro patriotismo? ¿Cómo no vamos a pasar revista a los hechos grandes de su vida grande, sin sentir que nuestro orgullo, santo orgullo de argentinos, llega al paroxismo y se convierte en patriotismo exaltado?

---

Descendiente de castellanos, de nobleza reiterada, por la estirpe y la conducta, "cristianos viejos, limpios de toda mala raza", el héroe vino al mundo el 11 de julio de 1780, en la Buenos Aires virreinal de Vértiz y Salcedo. Al día siguiente de su nacimiento, conforme a la religiosa costumbre de la época, fué bautizado con los nombres de Juan Gualberto.

Interesa destacar que apenas dos años antes, en tierra misionera, doña Gregoria Matorras y del Ser había dado a luz su quinto hijo, el futuro Libertador. Hombres de edad aproxi-

mada, tal circunstancia facilitaría sin duda, que se comprendieran y estimaran, cuando los caminos de sus vidas, hasta entonces distantes, se entroncaran para confundirse, en el lapso más brillante de tan preclaras existencias.

Conviene recordar aquí que el nombre de Gregorio no es tal, sino parte de su apellido compuesto. En efecto, en el villorrio de Belvis, territorio toledano, casaron el 26 de noviembre de 1732, Francisco Plácido Gregorio con Catalina García de Las Heras. De tal unión nació, casi seis años más tarde, un varón, Bernardo, que comenzó a firmarse Gregorio de Las Heras, uniendo así el apellido paterno con el segundo de su madre. Trasladado a Buenos Aires, Bernardo Gregorio de Las Heras, que mejor debió escribir Bernardo Gregorio y García, contrajo matrimonio el 27 de abril de 1774, con Rosalía de la Gacha y Rojas, porteña, hija de vasco y porteña, de cuyo connubio vieron la luz, una mujer, Romualda, y un varón, Juan Gualberto, el futuro comandante del Ejército de los Andes.

Capitán del regimiento de milicias, Defensor de Menores y Tesorero de los Propios, integrante del cabildo de la ciudad, Receptor de Penas de Cámara, comerciante emprendedor, Terciario Franciscano, combatiente intrépido ante los ataques ingleses de 1806 y 1807, simpatizante del movimiento de Mayo que anciano alcanzó a presenciar, el padre de don Juan Gregorio de Las Heras, inculcó a su hijo aquellos sus gustos y preferencias. Tal es así, que por rara similitud con la trayectoria de su ascendiente, él también es militar y comerciante, gobernante y terciario franciscano, y como su progenitor se bate contra las veteranas tropas de Beresford y Whitelocke, y tras laborar denodadamente por la causa de la libertad americana, muere también como él a edad avanzada.

Las aulas del Real Colegio Convictorio Carolino, que el virrey progresista había fundado poco antes, le dan albergue en su adolescencia. Allí recibe la benéfica influencia de aquel insigne patriota que fuera el doctor Luis José Chorroarín, canónigo de la Catedral de Buenos Aires, que en 1817 desempeñara la presidencia del histórico Congreso.

Cuando el joven Las Heras abandona el memorando Colegio de San Carlos y finaliza su vida estudiantil, se transforma en respetado comerciante, en aquella ciudad quieta, de sestas interminables y diversiones amables, de religiosidad profunda e hispana caballerosidad.

Pero al desembarcar las milicias británicas, conquistadoras y altaneras, en los días de la alborada de la Revolución, todo Buenos Aires, postergando el resquemor que ya se insinuaba firmemente hacia el español dominante, se agrupa decidido para vengar el atropello.

Era gente extraña la que llegaba, de idioma distinto y religión diversa, y muy fuerte el viril orgullo porteño para permitir aquello que ocurríase piratería.

Contra lo que pudiera profetizar la técnica militar, por dos veces el enemigo disciplinado y bien equipado, debe retroceder y entregarse ante el empuje de los criollos, moldeados en la misma pasta de aquellos otros que un lustro más tarde formarían el primer regimiento de Granaderos a caballo, y que poco después cruzarían los Andes con José de San Martín.

Entre ellos, batiéndose bravamente por la libertad de su ciudad natal, está Las Heras, desconocido todavía, preparándose en práctico aprendizaje, para la hazaña que una década después acoplaría su nombre a la cruzada inmortal.

---

Cuando llega la Revolución, Las Heras no aparece en el relato de los acontecimientos que significaron la destitución del virrey Cisneros y el establecimiento del primer gobierno patrio.

Y la razón es explicable. Para entonces se hallaba en Córdoba, ciudad que frecuentaba también su padre en ajetreos mercantiles, y en la que su tío Bernabé había alcanzado justa valoración. Pero no permanece indiferente al acontecimiento. Justamente en ese lugar, donde la contrarrevolución pareció ensombrecer el panorama al conjuro de la palabra venerada de Liniers, hacia quien Las Heras guardaría profundo respe-

to y reconocimiento, el comerciante porteño no duda un instante en la elección de su camino. Desoye las advertencias de su viejo jefe, y primero capitán, y luego sargento mayor del regimiento de Patricios, también él desde la Córdoba de las tradiciones y los campanarios se enrola entusiasta en la causa criolla.

No puede extrañar entonces, que cuando Castelli y Balcarce portando la buena nueva, tras el cruento y necesario sacrificio de Cabeza de Tigre, llegan a la ciudad de Cabrera, junto a los nombres de José Manuel Galán, Faustino de Allende, Juan Pablo Bulnes, el clérigo Santiago Rivadavia, etc., el de Juan Gregorio de Las Heras se mencione para integrar la lista de patriotas, en quienes podían confiar los embajadores de la Primera Junta.

Meses después, como presintiendo la genial idea sanmartiniana (sólo cruzando el Ande y libertando Chile, podrá llegarse al Perú y hacer lo propio), traspone el macizo y con hombres y armas, colabora con los patriotas chilenos, en cuyos corazones había prendido ya la chispa de la revolución del Plata.

Tras un breve regreso a Córdoba, de cuya guarnición es nombrado comandante, el mayor Las Heras recluta voluntarios en dicha ciudad y en Mendoza, y torna a Chile a ponerse a las órdenes de Bernardo O'Higgins, al frente de los famosos "Auxiliares", generosa respuesta al "Batallón Penco" con que los hermanos trasandinos habían coadyuvado para entonces en nuestras luchas libertadoras. Llega a tiempo para poner orden en el desastre de Rancagua, vibra al fragor del entrevero en Los Papeles, Paso del Maule, Tres Montes, Río Claro y Querecheguas, obtiene los galones de teniente coronel en Membrillar, y tras cubrirse de gloria en Cucha Cucha, regresa al campamento entre las aclamaciones de la tropa hermana, mientras un improvisador chileno le dedica unas estrofas, "llenas del sentimiento de la confraternidad militar con los soldados chilenos".

Para entonces Chile y España signan los tratados de Lircay (3 de mayo de 1814), según los cuales la guerra se paraliza. Ello permite escribir a nuestro enviado diplomático en

Santiago, el Dr. Juan José Passo'', ya no existe la unidad de causa'', y al romperse en la realidad la alianza chileno-argentina, los Auxiliares de Las Heras se concentran en Santiago. Pero al día siguiente se produce la sublevación de los hermanos Carrera, cuyas lamentables rencillas con O'Higgins perjudican la marcha de los acontecimientos. Las Heras, ante la situación interna del país hermano, procede como San Martín lo haría más tarde, y adopta prescindente actitud en la guerra civil. Ello le vale la admonición de José Miguel Carrera: "Usted no puede ser neutral". Y naturalmente llega entonces la sanmartiniana respuesta del jefe argentino: "Sindicado ayer de parcialidad a V. E. y notado hoy por V. E. de adhesión a una parcialidad contraria, nadie ha debido ofenderse de la neutralidad con que, pronto a todo servicio del Estado, sólo he tratado de prescindir de sus cuestiones domésticas".

---

Chile no podía ser ya el campo de acción de Las Heras. Odios y rencores a los que era ajeno, llevan a su mente el convencimiento de que sin un desinterés rayano en el renunciamiento total a la propia gloria, el objetivo que los mueve y los anima será inalcanzable. Y con el corazón dolorido vuelve a su patria.

Pero para entonces llega San Martín. Y poco tiempo necesita para convencerse de la inutilidad de los esfuerzos patriotas para llegar por tierra al corazón del Perú. Su cráneo privilegiado va concibiendo la idea soberbia, que iba a regalar a la Patria la página más brillante de su vida. Y cuando, gobernador de Cuyo, hace del campamento del Plumerillo el laboratorio formidable que permitió la posterior empresa, allí está Las Heras, y sus vidas se anudan desde entonces indisolublemente. Y comienza una amistad, que la guerra habría de solidarizar, que la expatriación habría de emular y que la gloria iba a enlazar para siempre.

Es que Juan Gregorio de Las Heras comprende, que la

libertad chilena no va a llegar jamás mientras subsistan las rivalidades entre sus altos jefes, y que se requería en cambio un hombre de amplios conocimientos militares y de superioridad moral manifiesta, que al aunar individuos y facciones fuera la autoridad indiscutida que consiguiera para la tierra hermana, la libertad y la independencia. Por eso se traslada a suelo cuyano y se pone a las órdenes del Gran Capitán.

Llevó el guerrero porteño además de su fogosidad y su genio militar, más impregnado de valentía que aderezado de tecnicismo, como contribución magnífica al esfuerzo colectivo que, bajo la dirección del general San Martín y el fraile Beltrán, se estaba elaborando en Mendoza, su conocimiento sobresaliente de las regiones chilenas, que Ande por medio, esperaban con ansiedad ser el teatro de las futuras operaciones militares del triunfador de San Lorenzo. Conocimiento que traía por haber luchado, durante mucho tiempo, en defensa de la independencia, de la que habría de considerar desde entonces su segunda patria.

Pero sus valiosos informes, que la mente inigualada de San Martín habrá aprovechado en todo su valor, no pueden haberse limitado solamente a la faz topográfica de la empresa, sino también que en las largas conversaciones de las serenas noches mendocinas, Las Heras habrá confiado a su jefe toda la experiencia adquirida en ese período de preparación, en ese noviciado de la campaña magnífica, que él había realizado ya. Y le habrá hablado con su corazón de patriota, de las esperanzas del pueblo hermano, que confiaba, como otrora el judío, en la llegada del Mesías Redentor que les obtuviera la ansiada libertad.

Y el Mesías llegó. Y cuando San Martín da la orden de partida y abandonando el campo familiar del Plumerillo, supera todas las hazañas que relataba la historia, y se dirige a Chile, allí está Las Heras, el valeroso, el humilde, el arriesgado, al lado de su jefe inmortal, quien para demostrarle toda la confianza que albergaba en su prudencia y lealtad, le encomienda

el mando de la parte de su ejército que atravesaría el Uspallata, en aquella proeza inolvidable del cruce de la cordillera.

Entonces comienza la epopeya. Y a la salida del nuevo sol de la libertad chilena, del sol que traían estampado en sus banderas nuestros soldados, allí está Las Heras. Cuando llega el mediodía refulgente, y nuestras tropas se cubren de gloria en Chacabuco, allí está Las Heras. Cuando cae la tarde, y el Jefe debe llegarse hasta Buenos Aires para poder proseguir la hazaña, sigue el sacrificio utilísimo de la sangre criolla en Curapaligüé y Gavilán, y allí está Las Heras. Cuando la noche se hace, y la sorpresa y el desastre se confabulan en Cancha Rayada, allí está Las Heras. Y cuando por fin, se rasgan las tinieblas y amanece el nuevo día, y el sol hermoso y definitivo de la libertad chilena envía sus cálidos rayos a toda la longitud del territorio, cuando en Maipú, San Martín pone punto final a la dominación hispana en tierras de O'Higgins, allí está también Las Heras, el valeroso, el arriesgado, el humilde.

---

Excesivo sería el relatar paso a paso su patriótica labor en la Campaña de los Andes. Conviene, sin embargo, recordar algunos de sus principales trabajos, para advertir cabalmente su real influencia en la gesta sanmartiniana.

“El batallón en esqueleto de los Auxiliares de Las Heras”, en expresión de Mitre, es el primer contingente humano, el verdadero génesis de la milicia que se construye en Mendoza. Ya en 1816 está al lado del Gobernador de Cuyo, prestando, como se ve, colaboración a la vez de hombres y de ideas. Tal es su entusiasmo y su visión, que resulta el principal gestor, en la formación del juvenil grupo de cadetes, la sangre más joven del nuevo ejército, que San Martín recluta.

Luego, iniciada ya la marcha colosal, el regimiento N<sup>o</sup> 11 que él comanda, (honrado ahora con el nombre de su más ilustre jefe en tierra rosarina), superó a pesar de bravas contingencias la mole andina, lo que merece especial recomenda-

ción del General en Jefe. Ya en Chile, su conocimiento del terreno y sus relevantes dotes militares, hacen que San Martín le confíe la difícilísima misión de dirigir las huestes que se batirían victoriosamente en Curapaligüé, Gavilán y Talcahuano.

Pero no todas han de ser satisfacciones para el bravo porteño. Sobreviene para entonces una cuestión enojosa con Bernardo O'Higgins quien lo acusa de retardo en su marcha hacia el sur, y al formarle proceso lo apostrofa con dolorosas palabras: "he aquí el resultado de la criminal indolencia del jefe de nuestras divisiones del Sur". Como no podía ser de otra manera sale sin mancha del episodio. Que no iba San Martín a cometer la torpeza de desprenderse en tal momento de hombre tan necesario. Bartolomé Mitre lo expresa con frases definitivas: "era sometido a juicio por el gobierno argentino para responder de su conducta, al mismo tiempo que él contestaba triunfalmente a todos los cargos, dando las nuevas victorias a las armas de la revolución americana, mientras llegaba el momento de salvarla una vez más en el día de su mayor conflicto".

Pero la desazón finaliza tras Gavilán con el abrazo reconciliatorio de Las Heras y O'Higgins, y con la noble actitud del prócer chileno, que borrando sus anteriores expresiones se dirige a San Martín, señalando que su actitud de solicitar al gobierno de Buenos Aires la suspensión del juicio contra Las Heras no sólo era razonable y política, "sino que acaso es justa, si atendemos a la virtuosa comportación que ha desplegado".

Superado el mal trance, al producirse la noche triste de Cancha Rayada, los jefes desorientados e incommunicados con el Estado Mayor, reunidos en Junta de Guerra, "resolvieron ponerse bajo las órdenes del coronel Las Heras, como el más caracterizado y el más capaz de salvarlos". Y efectivamente así ocurre, a pesar de que, como él mismo dice: "en la retirada las fuerzas se derriten como la nieve". Ello provoca que San Martín, en gesto muy suyo, se adelantara a recibirlo para agradecerle aquella conducta, que ahora, a la distancia, comprendemos fué definitivamente salvadora de la causa americana.

Interviene por fin en Maipú, al frente del ala derecha, y su valor es tal, que el General en Jefe dirá en un oficio al Gobierno Supremo de Chile, refiriéndose a Las Heras, Balcarce, Alvarado y de la Quintana, “se han portado con un denuedo y bizarría inimitable”, y en otra nota: “recomiendo a V. E. y a la América toda la brillantez con que se han comportado”.

Tras la batalla, su caballeridad y su piedad merecen el elogio del cronista hispano Torrente, y por azar de las cosas, fué él quien recibió de propias manos de Ordóñez, el valiente jefe realista, la espada del vencido. De allí sale con los entorchados de general, ganados en buena lid.

Su nombre queda desde entonces incorporado al triunfo más formidable de San Martín. Cuando quiera buscarse a los hombres que se jugaron por su jefe, que lo secundaron con generosidad ilimitada, dándole todo sin reclamar nada, consciencias de lo que hacían para el presente y el futuro de nuestra nacionalidad, habrá que coincidir en que Las Heras fué entre todos ellos, paladín y modelo, porque entrevió la luz, comprendió al caudillo, y se entregó sin retaceos, iluminado por su fe en la Patria y por su obediencia al Gran Capitán.

---

Cumplida su misión en Chile, San Martín va a proseguirla a tierras del Inca. Allá va también el fiel Las Heras a refirmar su gloria en los campos peruanos, para apurar hasta el fin con su Jefe el licor de los triunfos. Su carrera militar llegará allí al pináculo y será sucesivamente segundo jefe del ejército unido, consejero de Estado del Protector, mariscal de campo y general en jefe del citado ejército.

Entra a Lima con el Libertador, junto a él desfila en la aparatosa celebración del 28 de julio de 1821, y de su voz con sonoridades de bronce escucha la declaración de la independencia del Perú. La ambición de los héroes argentinos podía estar satisfecha. Pero el momento del reposo aún no había llegado.

Encerrado el hispano en las fortalezas del Callao comen-

zará su largo sitio. Mientras la discutida figura del almirante Cochrane se encarga del bloqueo por mar, Las Heras recibe orden de hacerlo por tierra. Como en Chile también ahora se le confían las misiones de peligro y trascendencia.

Llegan las desavenencias entre San Martín y Cochrane. En algún momento Las Heras cree que la razón está de parte del marino. Así, cuando San Martín retarda el ataque definitivo al Callao que los otros entienden no debe demorar. Pero pronto el espíritu disciplinado domina a la resolución atrevida y Las Heras obedece puntualmente las órdenes superiores. La historia iba a decir después que la actitud expectante del Gran Capitán fué acertada, y aunque pudo haber demorado la rendición de los realistas, indiscutiblemente la aseguró.

El 16 de septiembre, tropas españolas al mando de Cante-rac salieron del Callao en dirección a Lima. Al día siguiente, era Las Heras el indicado para detenerlos y perseguirlos. En cartas que se registran en "Documentos del Archivo de San Martín" (tomo VII), escritas hasta tres en un día, se comprueba como mantiene a éste al tanto de los menores detalles de la marcha, y como predice el triunfo por la descomposición y demoralización del adversario, cosa que efectivamente luego ocurrirá.

Poco más tarde recibe nueva prueba de la confianza que en él ha depositado José de San Martín. Rumores corren de rebelión y la situación es confusa. Todo ocurre al parecer por las intrigas que, respecto a otros jefes del ejército libertador, hace correr el coronel del batallón de Numancia, don Tomás Heres. San Martín, avisado, procede con equidad y respeto hacia el militar nombrado, cuyos méritos no desconoce, pero en salvaguardia de la disciplina de sus tropas, lo traslada a Colombia. Restaba aún determinar la responsabilidad que pudiera haber en otros jefes, y es a Las Heras a quien el Protector del Perú encarga la formación del pertinente sumario.

El ya Mariscal de Campo, recaba entonces la respuesta por escrito, de cuanto conocieran del episodio, a Santiago Aldunate, Francisco Antonio Pinto, Rudecindo Alvarado, Enrique

Martínez, Eugenio y Mariano Necochea, Cirilo Correa, Román Antonio Deso, Santiago Sánchez, Guillermo Miller, Agustín Gamarra y Ramón Estomba. De la lectura de sus respectivas notas, se desprende que el episodio no se aclara mayormente y que todos derivan la responsabilidad hacia Heres. Tal es también la opinión que Las Heras trasluce, en el oficio con que da cuenta a San Martín del cumplimiento de su misión, y que como las respuestas de los jefes del ejército patriota, pueden leerse en el citado tomo VII de los "Documentos del Archivo de San Martín".

Pero Las Heras, según comenta Ricardo Rojas, confesó muchos años después al historiador chileno Vicuña Mackenna, "que la conspiración existió en efecto y que fué cortada en sus orígenes". Si ello es así, una sola explicación tiene el disimulo con que informa al Libertador. El deseo de no amargar aún más, con nuevas contrariedades, que se sumarían a las múltiples que ya había sufrido en el Perú, aquella alma noble, tanto más cuanto que los sediciosos no habían podido configurar la villanía.

Tras Guayaquil, la sublime renunciación. San Martín se aleja definitivamente del escenario de sus hazañas. Y el fiel Las Heras, bebe también con él, ahora el acíbar de la ingratitud, retornando hombre maduro, a la ciudad natal que abandonara jovenzuelo.

Cuando sus caminos se separan, el Jefe quiere premiar la lealtad de su ya ilustre colaborador. Ascensos militares no podían interesarle más y por otra parte los había ganado en lucha tremenda, recorriendo al par que llanos y montañas, todo el escalafón de su tiempo. Medallas las había conquistado a raudales en los campos de batalla. San Martín, al despedirse de Las Heras, le entrega un cuadro de Nuestra Señora del Carmen que lo había acompañado en sus campañas de Chile y Perú, infaltable en su baúl de viaje. La Virgen Generala los siguió uniendo desde entonces, más poderosa que la distancia y los océanos.

Buenos Aires, que lo había visto nacer, que agradecida había recibido su defensa, y que orgullosa sabía de sus triunfos guerreros allende el Ande y junto al Pacífico, conociendo todas las hermosas cualidades que adornaban su temple vigoroso, lo lleva al sillón de los Gobernadores, en mayo de 1824, en un período de relativa calma, tras aquellos años confusos de la anarquía brava e inmediatamente después del gobierno progresista de Martín Rodríguez.

Entonces Las Heras, el que se había batido contra el extranjero invasor, el que se había cubierto de gloria en los campos de batalla en la gesta emancipadora más brillante de la historia americana, el que se había revelado militar de grandes recursos, el hijo dilecto de Buenos Aires, recibe el encargo de gobernar a su pueblo.

Las Heras político y gobernante no desmerece a Las Heras militar. Inaugura las sesiones del Congreso General, que luego se declararía Constituyente; preside los festejos de la grata nueva de Ayacucho; prohija la campaña de Lavalleja y sus bravos orientales; renuncia cuando entiende que sus funciones son las de gobernador y no las de encargado del Poder Ejecutivo Nacional, nobleza suya que el Congreso lógicamente no admite; forma el Ejército de Observación sobre el Uruguay, el mismo que poco después Alvear llevaría al triunfo en Ituzaingó; invita a Córdoba y Santa Fe a designar una comisión que pacte con los indios ranqueles, logrando que éstos cesaran en sus incursiones, devolvieran los cautivos y reconocieran al Congreso General Constituyente; y encuentra tiempo para disponer diversas medidas, de evidente progreso para su pueblo.

Pero llegan horas de incertidumbre. Rivadavia cuyo prestigio entre la clase intelectual era evidente, comete una serie de errores lamentables, a pesar de su reconocido genio y su talento poco común. A la sanción de una Constitución que los pueblos repudiaban, agrégase su ascensión a la Presidencia, la "aventura presidencial" de que nos habla López, incompatible con el deseo y la aspiración de los caudillos lugareños.

Y por fin, hecho que repercute 'muy a lo hondo en el corazón porteño de Las Heras, el avasallamiento de la autonomía de Buenos Aires, designada capital del país por el congreso rivadaviano.

Y ese hombre, valiente como el que más al frente de sus legiones, entre el tronar de los cañones y el fragor de la revuelta, que se encrespa cuando piensa que su patria pueda caer otra vez en su pasado de opresión, no tiene carácter para luchar en el campo político, frente a la arbitrariedad y la incompreensión reinantes. No puede admitir, como no lo consintieron San Martín y Belgrano, el participar en una guerra civil.

El ejemplo de su Jefe fué otra vez su guía certero. Recuerda entonces su desprendimiento que no fué cobardía, su gran generosidad que no pudo ser falta de energía, cuando rechaza honores y cargos políticos, y cuando se aleja del Perú, consciente de que ello facilitaría soluciones, evitaría disputas y disiparía rencores. Y entonces no lo piensa más. ¿Qué habría hecho San Martín en circunstancias semejantes?

Silenciosamente, como un prócer, como un santo, se aleja a la expatriación, el valeroso, el arrojado, el sencillo general Las Heras. Cuando sus ojos nublados por las lágrimas, contemplan las últimas luces de Buenos Aires, al partir para su voluntario viaje a otras tierras, la figura imborrable del Gran Capitán, se diseña nítidamente en su recuerdo, y era la compañera de viaje más preciada, la que al darle fuerza en la adversidad, lo confortaba con creces del amargo dolor de las injusticias humanas.

Cuando debe elegir el sitio donde reposar tanta fatiga y olvidar tanta tribulación, escoge Chile, a pesar de la distancia, porque en el escenario de los grandes triunfos de San Martín, que fueron también triunfos suyos, encontraría, al contacto de esa tierra liberada y generosa, fuerzas para sobrellevar trance tan peseroso.

He aquí un nuevo ejemplo en su vida meritoria. Porque si fué grande en sus victorias guerreras y en su dispendiarse sin medida, mucho más lo fué, en su lección soberbia de austeridad

y en su retiro a la nación hermana, cuando el orgullo y la incomprensión comenzaron a aguijonear sin éxito sus prestigios y su vida. Como San Martín pudo decir: "Mi sable jamás saldrá de la vaina por opiniones políticas".

---

Don Juan Manuel de Rosas, llena más tarde con su acción, un cuarto de siglo de la historia nacional. Su personalidad, que recién se contempla con menos pasionismo en los tiempos que corremos, podrá ser discutida pero nunca desconocida. Su figura, como la de los grandes caudillos de cualesquier época o nacionalidad, levanta tras de sí aludes de fervorosas adhesiones o de inflamados dictérios.

Difficil es en tales condiciones, un eclecticismo, que no tiene nada de aburguesada comodidad, y sí mucho de serena reflexión. Se estuvo con Rosas o contra Rosas. El pasa a ser entonces, conforme al ángulo visual desde el que se lo enfoque, el Ilustre Restaurador de las leyes, o el odiado y pérfido tirano.

Chile se llena en esa época de expatriados argentinos. Figuras brillantes de la letra y la política, van al país hermano a desatar sin medida la lucha contra el dictador, a la espera de Caseros que tarda en llegar. Jóvenes fogosos la mayoría, requieren quien controle esos entusiasmos y los encauce. Las Heras no escribe en los periódicos ni vitupera al Gobernador de Buenos Aires. Que no fué nunca fruta de su predilección la lucha intestina. Pero cuando ha de constituirse la Comisión Argentina en Chile, él es por derecho propio, su presidente.

Allí conoce a Sarmiento, llamado a grandes destinos. En alguna ocasión le da albergue en su casa, pues el tono muy subido de los artículos periodísticos del ilustre sanjuanino, criticando los planes de enseñanza del ministro del General Prieto, ha levantado las iras del gobierno. En otra, acusado Sarmiento de malversación de los fondos recolectados para ayudar a los hombres de La Madrid que huyen derrotados, Las Heras lo rehabilita públicamente de la injusticia y la calumnia.

Cuarenta años vive en Chile este guerrero cubierto de gloria, rodeado del cariño y del respeto de todos los chilenos, que no podían olvidar que le debían buena parte de la libertad de que gozaban. El pudo decir, a semejanza de San Martín en su Proclama al Ejército Libertador, en Lima, (25 de agosto de 1822): “mi juventud y mi edad media fueron sacrificadas al servicio de mi patria, creo que tengo derecho de disponer de mi vejez”.

Pero no se olvida de su tierra. Y como el vencedor del Ande, desde la lejana Francia, él también piensa en su patria, sufre con ella y vela por ella. Sin embargo, a ella no regresa, pues aún derrocado Rosas, Buenos Aires, su provincia, y el resto de la Confederación, se empeñan en dilatar la unificación definitiva de las Provincias Unidas del Río de la Plata, que él ansía fervorosamente.

---

El 6 de febrero de 1866, don Juan Gualberto Gregorio de Las Heras, mariscal de campo de los ejércitos libertadores, nació para la historia. En sus últimos años, acreció si cabe la soledad y la tortura de la expatriación del viejo guerrero. Década y media se había cumplido desde el día en que José de San Martín, su jefe y compañero, lo precediera en el camino sin retorno a la inmortalidad.

Todo Chile sufrió la noticia de su muerte. El pueblo entero desfilaron ante su cadáver expuesto en la Iglesia Catedral de Santiago, y en la ceremonia del sepelio presidió el cortejo el Presidente de la Nación, mientras conducían el féretro los oficiales del Cuerpo de Voluntarios y lo escoltaban los soldados de aquel ejército al cual él había pertenecido y brindado glorias.

El periodismo santiagueño exaltó para entonces, sus egregias virtudes. “La Patria”, “El Mercurio”, “El Ferrocarril” y “El Independiente”, rivalizaron en cantar su integridad y su valor. Y en Buenos Aires, el propio Presidente de la República, el insigne Bartolomé Mitre, primer historiador de San

Martín, destacó en el "Correo del Domingo", sus dotes y virtudes.

Cuando sus ojos se cierran a este mundo, a los ochenta y seis años de edad, don Juan Gregorio de Las Heras, en los últimos momentos de su existencia, con el perdón de los buenos en sus labios, habrá visto desfilar por su recuerdo aquella Buenos Aires, por la que había luchado de muchacho, a la que gobernara hombre maduro, a la que abandonara en día nefasto, y que nunca, nunca más, volvieron a contemplar sus ojos ya cansados, aquellos ojos que habían tropezado tantas veces con la mirada singularmente hermosa de José de San Martín.

Pero la Patria le ha hecho justicia. Y cuarenta años después, sus restos repatriados son devueltos a Buenos Aires, y ubicados al lado de los del prócer máximo de nuestra nacionalidad, al lado de los de su Jefe inmortal. Y en la Iglesia Metropolitana, el Señor, que ya les habrá concedido su justo premio en la otra vida, vela desde entonces el sueño de estos dos grandes, unidos en su destino común de libertadores, unidos en la tristeza indescriptible de la expatriación, y unidos también en el descanso sempiterno, en la eterna quietud final.

No son grandes los pueblos que no honran a sus héroes. Por eso no hacemos sino enaltecernos nosotros mismos, al recordar a quienes como don Juan Gregorio de Las Heras, se dieron enteros a la Patria de ellos, que es la Patria nuestra, que es la Patria común, fabricada con el esfuerzo de todos, con los sacrificios de cada día, con la imitación de los ejemplos magníficos de próceres como el valeroso, el humilde, el inmortal Las Heras.

ALFREDO NOCETTI FASOLINO